

mesas de felicidad, de gloria, de dicha y de ventura, encamine sus trabajos á someter nuestra voluntad, que busca el bien, al imperio de su voluntad que busca el mal y se complace en el mal del hombre... nosotros, con la mano en el pecho, con la mirada en Dios y la Cruz en la otra mano, exclamaremos alegres, porque la alegría de nuestra alma es la virtud: ¡CRISTO IMPERA!...

Así, Jesús mío, ¡qué placer tan inefable firmes en la fé cuando la tribulación pretenda agitar nuestro espíritu con las sacudidas de la duda, invencibles con tu apoyo ¡oh Dios, fortaleza del alma! en la lucha contra la impiedad, aliviadas nuestras penas con el consuelo de tu amor, tendremos siempre, hasta el supremo instante de cerrar los ojos del cuerpo á la vida de la tierra para abrir los del espíritu á la feliz de la eternidad, grabado en nuestro corazón y en nuestra alma este lema consolador:

CRISTO VENCE! CRISTO REINA! CRISTO IMPERA!
Amen.

Homo quidam fecit coenam magnam et vocavit multos.

Et ait Dominus servo: Exi in vias et sepe: et compelle intrare ut impleatur domus mea.

Un hombre hizo una gran cena y convidó á muchos.

Y dijo el Señor al siervo: sal á los caminos y á los cercados: y fuérganlos á venir para que se llene mi casa.

SAN LUCAS, CAP. XIX, VERSS. 16 y 23.

Ego sum panis vivus, qui de coelo descendi.—Si quis manducaverit ex hoc pane vivet in aeternum: et panis quem Ego dabo, caro mea est pro mundi vita.

Yo soy el pan vivo que descendí del Cielo.—Si alguno comiese de este pan vivirá eternamente, y el pan que yo daré es mi carne, por la vida del mundo.

SAN JUAN, CAP. VI, VERSS. 51 y 52.

Nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis.

Si no comiereis la carne del Hijo del hombre y bebiereis su sangre no tendreis vida en vosotros,

SAN JUAN, CAP. VI, VERS. 54.

Oh res mirabilis! Manducat Dominum pauper, servus et humilis.

DEL HIMNO DE MAITINES. FESTIVIDAD DEL SANTÍSIMO.



LA SAGRADA EUCARISTIA



El Evangelio que acaba de cantarse nos refiere una de las más interesantes parábolas con que Jesucristo nuestro Señor instruyó á sus discipulos. Dice así: «Un hombre hizo una gran cena... &.^a». Esta cena ó banquete es grande, por el Padre de familias que la dá, que es Dios Nuestro Señor; grande, por los grandes fines á que esa cena conduce: ¡la unión de Cristo con el hombre!; grande, por los estupendos milagros que en ella se realizan; grande, por la excelsitud de las viandas ó manjares que se ofrecen, que son la carne y sangre de Jesucristo; grande, en fin, por los frutos valiosísimos que ese banquete produce, que son la santificación y la salvación del hombre. Sabrosísimo Banquete! A él se invita con interés decidido, con inusitada insistencia, y los que ¡pocos! no admiten la invitación quedan excluidos nada menos que de la bienaventuranza eterna, á pesar de que las excusas que alegan para no asistir, son al parecer muy justas y razonables, pues consisten en el cumplimiento de los deberes que á cada uno impone su estado y las atenciones ordinarias de la vida: excusas que tienen fundamento si se las considera en sí mismas, es verdad; pero que se hacen malas por lo inoportunas y por sus terribles consecuencias: en ellas se fundaron aquellos á quienes se invita á la cena para faltar á un convite que les era sumamente útil y verdaderamente necesario.

La Iglesia, al proponernos hoy este pasaje del Evangelio, llama nuestra atención, llena de amarga y profunda pena, sobre la conducta de muchos católicos que, sin vivir entregados á grandes crímenes y pecaminosos desórdenes, languidecen y llegan hasta á morir á la vida de la gracia, porque distraídos y entregados más de lo justo á las ocupaciones ordinarias de la vida, no se acercan frecuentemente á ese soberano Convite, á esa dulcísima Mesa.

Dios mio! que movido por la caridad sin límites de vuestro ardentísimo corazón, os dignasteis quedaros en el adorable Sacramento del altar para servir de alimento á nuestra alma: iluminad, Señor, nuestra inteligencia é instruidnos para que meditemos con fruto las maravillas y las grandezas del Pan suavísimo de los Ángeles. Dad, Jesús mio, luz clara á nuestra inteligencia y ardientes deseos á nuestra voluntad por intercesión de tu Madre y nuestra madre.

Purifica nuestro ruego, Tú, Reina de los Ángeles y de los hombres.

AVE, MARÍA.....

La ley suprema de la unidad, no solo une á todos los seres sensibles sino que sus admirables ramificaciones enlazan dos órdenes de cosas tan distintas como lo son el orden sensible y el orden espiritual, existiendo entre ambas aquella preciosa analogía á que en más de una ocasión se refería el Apostol San Pablo. Conocedor, también, el Angélico Doctor Santo Tomás de estos profundos arcanos dice en su Suma estas palabras: «La Sabiduría divina provee á todas las cosas según el modo que le es propio á cada una; y siendo connatural al hombre llegar al conocimiento de las cosas inteligibles por medio de las sensibles, ha constituido los Sacramentos como signos de los bienes espirituales en que el hombre es santificado.» La vida del espíritu tiene cierta conformidad con la vida del cuerpo: á la generación del cuerpo corresponde en la vida espiritual el Bautismo, que es una generación espiritual, en expresión del Apostol; crece el hombre y se conforta su cuerpo, y esto mismo ocurre en el alma con el Sacramento de la Confirmación, que le dá virtud y robustez según leemos en el Evangelio de San Lucas; con el alimento conserva el hombre su vida y sus fuerzas, y con el vivificante alimento de la Eucaristía se robustece la vida espiritual; de aquí las palabras de Jesús: «Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida.»

Continúa el Santo Doctor explicando la verdadera analogía que existe entre los estados y progresos de la vida del cuerpo y los estados y progresos de la vida del alma en virtud de los Sacramentos, y hablando de la Eucaristía, manifiesta su excelencia sobre todos, porque en los otros Sacramentos, dice, se contiene la gracia, mas en este se contiene real y sustancialmente el mismo Jesucristo, autor de la gracia, y así todos los Sacramentos se refieren á este: el Sacramento del Orden se dirige á la consagración de la Eucaristía; el Bautismo nos habilita para recibirle;

la Confirmación impide que por temores y escrúpulos nos abstengamos de él; la Penitencia y la Extrema-Unión, purifican al hombre, le preparan para dar hospedaje digno al Sagrado Cuerpo del Salvador; y hasta el Sacramento del Matrimonio, que significa, como dice el Apostol, la unión de Cristo con la Iglesia, se refiere á la Eucaristía, pues en ella se verifica esta unión de un modo muy especial. El Santo Concilio de Trento con su autoridad infalible confirmó esta doctrina.

Nos arranca, hermanos, exclamaciones de júbilo y de asombro la manifestación más tierna del poder Omnipotente y de la Omnipotente bondad ¡con justo motivo! Este testimonio de amor es tan grande que aunque todos los Sacramentos son santos, este se dice por antonomasia el Santísimo Sacramento, porque es el Sacramento de aquel Dios que habiendo amado á los suyos hasta el fin, en el momento en que iba á partir de este mundo, por un soberano esfuerzo de su inmensa caridad, instituyó este Sacramento y le dejó para siempre en su Iglesia como último testamento, como perenne recuerdo de su amor. Sacramento, que en su última y más sublime expresión, es el compendio del poder y del amor divino, como lo vió en lontananza el Santo Rey David: *memoriam fecit mirabilium suorum misericors et miserator Dominus, escam dedit tímētilus se.* No habla, no, aquí el Real Profeta, como observa muy bien San Juan Crisóstomo, del pan material, el cual dispensa el Señor á los justos y á los pecadores; derramando la lluvia y haciendo salir el sol lo mismo sobre los buenos que sobre los malos, según la bella expresión del Evangelio: habla de un alimento preparado solo para los que le temen, del Pan de los Angeles, de aquel caliz preciosísimo, cuya inefable dulzura no alcanzaba á explicar el inspirado Profeta, cuando absorto en la contemplación de tan magnífico y celestial Banquete, prorrumpió

en este cántico sublime de gratitud y de alegría: «*Preparaste una mesa delante de mí contra aquellos que me atribulan; ungiste con óleo pingue mi cabeza, y mi caliz que embriagaba, ¡oh cuán excelente es!*» A este soberano Convite se nos invita con tan constante insistencia.... Pero, cómo? cuántas veces hemos de acudir á él? Tristísima, desconsoladora pregunta! hermanos, muy propia de estos tiempos de frialdad y de tibieza! No se expresaban así los cristianos de los primeros siglos! Guiados por su fé viva movidos por su profunda devoción, muchos comulgaban diariamente y todos con muchísima frecuencia. Cuando se celebraban los divinos misterios, pueblo y sacerdote participaban del Pan Eucarístico, y á los ausentes se les enviaba por Diáconos; entonces, cuando la persecucion rugía por todas partes, el Pan del cielo era llevado, sin temor á dificultades, ni á tormentos, ni á la muerte á las cárceles, donde gemían los confesores de la fé; aquellos hombres heroicos que, fortalecidos con el alimento del alma, no sentían la opresión de las cadenas....., se anegaban en oceanos de luz en aquellos lugares de tenebrosa oscuridad; veían paraísos de dulzura en las cavernas del tormento y del dolor, y bañados en las aguas de una dicha precursora de la eternidad feliz, envueltos en el fuego del amor que brotaba de su pecho, fuertes como leones—en expresión del Crisóstomo—marchaban impávidos á la muerte!... La muerte era su triunfo!..

Entonces, ocultos los fieles en las cavernas, escondidos en los subterráneos, encerrados en las catacumbas, se celebraban los misterios de nuestra redención sobre los sepuleros de los mártires y al resplandor amortiguado de pálidas antorchas..... Las oraciones de los fieles, con poco aparato exterior, pero con grande, profundo y fervoroso recogimiento iban á Dios, al Dios magnánimo, al Dios misericordioso, al Dios del Sacramento! Otros tiem-

pos trajeron otras costumbres; el apocamiento del espíritu, el abandono de la piedad y el olvido de los sentimientos de devoción en el siglo sexto fueron la causa de que el Papa San Fabián dispusiera que la comunión obligase, por lo menos, en las Pascuas de Navidad, de Resurrección y de Pentecostés. La debilidad del alma fué haciéndose más alarmante; los cristianos ¡oh desdicha! abandonaban el cumplimiento de éste deber, considerándole una carga muy difícil y hubo necesidad, en el siglo XIII, de limitar este precepto á sola la Pascua de Resurrección. En el siglo XVI, el Santo Concilio de Trento habló nuevamente de esta disposición, manifestando sus afanes por ver florecer aquellos tiempos felicísimos en que los fieles se alimentaban todos los días con el alimento del alma, con el Pan de los Ángeles. Esto, hermanos, es lo que desea la Iglesia Nuestra Madre; así nos habla. ¿Y cómo la responden muchos, muchísimos de sus hijos? El Evangelio de hoy nos lo dice: llevados unos del amor desordenado á los honores, cegados por el orgullo, se escusan diciendo que han comprado una granja; dominados otros por la avaricia dicen que van á probar cinco yuntas de bueyes; entregados otros á los placeres sensuales y por ellos dominados, se alejan de la Sagrada Mesa diciendo que están de bodas; muchos tampoco asisten al Banquete celestial, prestando ¡hipócritas! que no son dignos de recibir tan alto Sacramento!... quieren estos aparecer humildes cuando verdaderamente no es la humildad sino la soberbia la que les inspira este lenguaje. Indignos de recibir tan gran Sacramento!... Es verdad! es verdad! ¿quién no lo es? Indignos somos! Es Dios, grande, poderoso.... Es el Creador el que se dá, el que se dá á una pobre y miserable criatura! Quién es el hombre para asistir á tan solemne Convite? Ayer nada; hoy una carne llena de mancilla; yerba que vá á caer bajo la hoz; pobre arista juguete de los vientos;

tenue vapor que á poco de formarse se disipa; polvo, ceniza, nada.... Pero, de que nuestra bajeza y miseria sea tanta, hemos de deducir el alejamiento de tan gran bien? Seria un absurdo discurrir así! seríamos injustos con Jesucristo! Jesucristo instituyó el Sacramento y le instituyó para el hombre. Y Dios, Creador del hombre, ¿desconocerá el límite de nuestras fuerzas? Nuestra pequeñez, nuestra indignidad, la inconstancia de nuestro espíritu, ¿serán un misterio para la inteligencia de Dios? Conociéndonos le instituyó para nosotros, y no le basta la invitación amorosa que nos hace para llegarnos á Él, ni la promesa de una bienaventuranza feliz en premio á nuestra docilidad, sino que fulmina las amenazas más terribles contra los insensatos que desoyen su voz, su voz toda dulzura, toda dicha, toda consuelo. El que no coma la carne ni beba la sangre de Dios ¡morirá! ¡morirá la muerte eterna! Pues ¿qué clase de humildad es esa que se opone á los mandatos divinos, que no acepta las invitaciones, que desdena las promesas y desprecia las amenazas? Rara humildad la que se funda en la desobediencia! La verdadera humildad habla y se expresa de otro modo: «Soy, Señor, indigno, indignísimo de recibirlos, es verdad; pero Vos, llevado de vuestra inmensa caridad quereis venir á mi corazón... Venid, amante Dios mío: poseedme por completo. Que no tenga yo la vista sino para miraros; ni la lengua sino para alabaros; ni el corazón sino para amaros; ni el cuerpo sino para ofrecérosle; ni la vida sino para sacrificároslo... Jesús mío: pues sois infinitamente poderoso, sostened mi flaqueza; pues sois infinitamente sabio, iluminad mis tinieblas; sois maestro, instruidme; médico, curadme. ¡Oh Dios Eterno, Omnipotente, fuente de santidad, de justicia y de bondad: ¿quién podrá medir la distancia infinita que existe entre vuestra inconcebible grandeza y mi nada despreciable? Oh! cuán inmenso amor me habeis mostrado al ocultar vuestra

grandeza tras los débiles accidentes de pan y vino para uniros á mi alma; á cuántas profanaciones expusisteis vuestra santidad; ¡cuántos milagros obráis en el Agosto Testimonio de vuestras finezas! Este singularísimo portento de amor que sólo vuestra increada sabiduría pudo concebir, que solo puede ser abrazado por vuestra bondad sin límites, que sólo vuestra Omnipotencia puede realizar, reclama todos los afectos de mi corazón...! ¡Canta, alma mía, el misterio glorioso del cuerpo y sangre de Jesucristo! prorrumpe, ¡oh lengua mía! en cánticos de acción de gracias, al corazón de tu Dios, que por ti nació en Belen, por ti murió en el Calvario, y ahora, ¡oh dicha inefable! se te dá en el Sacramento Eucarístico *Pange, lingua, gloriosi corporis misterium!* Un Convite verdaderamente sagrado, en que se come un manjar de celestiales dulzuras! se renueva el Sacrificio de la Cruz! se ilumina el entendimiento con resplandores divinos! y la voluntad está en posesión de una prenda segura de eterna gloria! Así, hermanos, así siente, así habla la verdadera humildad. Es cierto que si consideramos lo que se encierra en la bendita cárcel del amor, la pureza del amante y las manchas del amado, nuestra inteligencia se anonada... tenemos miedo de nuestra indignidad y no nos atrevemos á acercarnos...; pero nos conforta la voz del Padre de familias que dice á la Iglesia y en la Iglesia á sus ministros: «Sal por las calles y por las plazas, por los caminos y por los cercados y tráeme acá cuantos pobres y lisiados, cojos y ciegos encontrares y fuérezlos á entrar, *et compelle intrare*, porque quiero que se llene mi casa y asistan todos al banquete que les tengo preparado.» No temamos, pues; que nuestra fortaleza no decaiga, que nuestra miseria no nos aleje, porque para nosotros, pobres, flacos y miserables, para nosotros, no para los ángeles del Cielo, está preparado este Convite celestial. A él nos llama el Señor, á

él nos invita, y no solo nos llama y nos invita, y no solo nos espera, sino que ¡oh exceso de amor! ha querido vencer nuestra timidez y sacudir nuestra negligencia y pereza, con la fuerza de un precepto sagrado; y, como si todavía esto no fuera bastante á su amor, ha querido reforzar este precepto con la terrible amenaza de que si no oímos su voz, si no vamos á El, si no unimos nuestro corazón á su corazón santísimo, perderemos la vida eterna. *Nisi manducaveritis...* Este alimento sabrosísimo, según hemos meditado, produce en el alma efectos semejantes á los que el alimento material produce en el cuerpo. Qué hacemos, pues, hermanos, indolentes caminantes, pobres emigrados de la patria celestial? Nuestra alma tiene hambre y pasamos de largo y no queremos asistir al convite del Padre de familias? nuestras fuerzas se debilitan y ¿no queremos reposar en la casa de nuestro Padre?; arrastramos una vida flaca y enfermiza y ¿no queremos alimentarnos con el pan de la fortaleza?; marchamos tristes y llorosos abrumados por la fatiga, y ¿no queremos oír las voces tiernas y paternales de Jesucristo que nos dice: «*venid á Mi todos los que trabajáis y estais cargados que yo os aliviare?*» Leemos en los libros santos que el profeta Elías, huyendo de las persecuciones de la impia Jesabel, triste su corazón por los pecados y escándalos del pueblo, lleno de cansancio y de fatiga se quedó dormido á la sombra de un enebro. Le llama el Angel y le dice: «*Levántate y come de este pan.*» Lo hace el Profeta y vuelve á dormirse; de nuevo le llama el Angel, le repite la misma orden y añade: «*porque el camino que tienes que andar es mucho;*» y el Profeta anduvo 40 días y 40 noches hasta llegar al monte Horéb. Peregrinos nosotros por el desierto de la vida, el camino que nos resta es mucho y erizado de peligros; enemigos visibles é invisibles nos combaten; la Ciudad santa de Jerusalem y la pervertida de Babilonia, están confundidas en

éste mundo, sus confines no están deslindados; todos tenemos mucho que llorar por nuestro ayer, mucho que corregir en el hoy, muchas medidas que tomar para el mañana; todos tenemos muchas virtudes que adquirir, muchos vicios que desarraigar, y muchas tentaciones que vencer; nuestro corazón como el del Profeta desfallece al ver que Dios, Padre de los hombres y de las sociedades se encuentra extraño y desconocido en medio de sus hijos; vemos á Dios abandonado de los suyos como en otro tiempo en Belen, si no vendido como en el huerto de las olivas, tratado como rey de burlas como en Jerusalem y crucificado como en el Calvario; vemos al Vicario de Cristo, al inmortal León XIII despojado y prisionero; á la Iglesia, su esposa y madre nuestra, triste y desolada, calumniada en sus dogmas y en sus prácticas, en muchas partes escarnecidos y perseguidos sus ministros; la sociedad plagada de crímenes y escándalos; la inmoralidad y el cinismo entronizados por todas partes; la división en la familia; el desprecio de la sociedad conyugal; el odio entre los hermanos, y una indiferencia monstruosa que se resiste al celo más apostólico, y que mataría toda esperanza, si la esperanza no fuera inmortal. ¿Qué viático tomaremos, hermanos, para no desfallecer, para hacer nuestra jornada, para vencer tantos obstáculos y á tantos enemigos?

No hay que dudarlo ni un instante! Todo lo encontraremos en el manjar celestial, en el Sagrado Banquete donde se recibe á Cristo! A Cristo que lo es todo para nosotros; á Cristo en quien todo lo tenemos!

Buscamos al alimento para la vida del alma?

En el Sacramento está.... Oigamos á Jesús: «Yo soy pan vivo que he bajado del Cielo; el que come de este pan asegura la vida eterna.»

Cristo es la vida!

Cristo es nuestro alimento!

Vigorizadas las fuerzas de nuestro espíritu con el manjar de los Angeles, llegaremos, como Elias, al término de nuestra jornada, al monte Horeb: al Cielo!

Amen.